

## **Pildora roja**

Kunzru, Hari

1a ed. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires

Caja Negra, 2023

312 p.; 21 x 14 cm.

(Efectos Colaterales, 7)

Traducción de Damián Tullio

978-987-8272-01-6

1. Novelas. 2. Narrativa. I. Tullio, Damián, trad. II. Título.

CDD 823

Título original: *Red Pill*

Todos los derechos reservados.

© Hari Kunzru, 2020

© Caja Negra Editora, 2023

**Ilustración de tapa:** Alexis Varga



### **Caja Negra Editora**

Buenos Aires / Argentina

info@cajanegraeditora.com.ar

www.cajanegraeditora.com.ar

**Dirección editorial:** Diego Esteras / Ezequiel Fanego

**Producción:** Malena Rey

**Coordinación:** Sofía Stel

**Diseño de colección:** Consuelo Parga

**Diseño de interiores:** Tomás Fadel / Consuelo Parga

**Maquetación:** Cecilia Espósito

**Corrección:** Sol Correa y Cecilia Espósito

# PÍLDORA ROJA

Hari Kunzru

Traducción / Damián Tullio

WANNSEE

Creo que es posible rastrear el momento exacto en que llegaste a la mediana edad. Es ese momento en que examinas tu vida y, en vez de encontrar un mundo lleno de posibilidades que se abren más y más, te sobreviene la sensación de haber despertado de un sueño o haber llegado a tierra firme, a un lugar nuevo, después de un naufragio. Así que aquí estamos, te dices a ti mismo. Me convertí en esto. Es el momento en que te das cuenta por primera vez de que tu condición –física, intelectual, social, financiera– ya no es del todo mutable. Lo que ya pasó determinará, en gran medida, el resto de tu historia. Lo que hiciste no se puede deshacer, mucho de lo que pospusiste ya no lo podrás concretar. En suma, ahora sabes que el tiempo es un recurso finito y escaso. De ahora en más, lo que sea que hagas, sea cual sea la satisfacción, la felicidad o la agitación que experimentes, nunca podrás sacarte de la cabeza esa sensación casi imperceptible de estar cayendo por una leve pendiente hacia la oscuridad.

A mí, esta conciencia de la mortalidad me llegó, de forma bastante convencional, una noche en que estaba acostado junto a mi esposa en nuestro departamento en Brooklyn. Mientras retozaba ahí, concentrado en su respiración, supe

que mi fuerza y mi ingenuidad tenían un límite. Pude sentir que, en algún momento, iba a necesitar descansar. Cómo llegué a sentir eso no lo sé. Fue una sorpresa para mí. No podría describir la cadena de eventos que me llevaron a estar en ese dormitorio un tanto calefaccionado de más, junto a una mujer que, si las cosas hubieran sido distintas, nunca habría conocido o nunca habría concebido como la persona con la que quiero pasar el resto de mi vida. Después de cinco años de matrimonio, seguía enamorado de Rei y ella seguía enamorada de mí. Eso estaba fuera de discusión, era un hecho feliz. Nuestra hija de tres años dormía en la habitación de al lado.

Lo que me tenía inquieto era nuestra felicidad. Fue una reacción perversa, lo sé. Me sentía un tacaño preocupado por perder su riqueza emocional. Sin embargo, esos laberintos mentales en los que vigilaba mi habitación y la de mi hija traían aparejado algo verdadero. Estábamos en una época en que los medios se llenaban de imágenes de niños heridos o huyendo de la guerra. Muchas veces terminaba el día encorvado sobre mi computadora, mirando la pantalla con los ojos llenos de lágrimas. Lo que veía me angustiaba, pero también me acechaba una idea egoísta: si el mundo cambiaba, ¿sería capaz de proteger a mi familia? ¿Podría trepar un cerco con mi hija en brazos? ¿Podría sujetar la mano de mi mujer cuando la balsa se diera vuelta? Nuestra vida era frágil. Un día algo podría quebrarse. Uno de nosotros tendría un accidente o se enfermaría, o el mundo se llenaría de guerra y caos, y nos tragaría como lo hizo con tantas otras familias.

Tenía poco de qué quejarme. Vivía en una de las ciudades más grandes del mundo. Salvo por algún achaque menor, tenía salud. Y estaba enamorado, lo que me protegía de las más penosas consecuencias de la llamada “crisis de

la mediana edad”. Tengo amigos que, sin mediar palabra, se embarcaron en aventuras sexuales sin sentido o, en un caso en particular, uno que adquirió una adicción destructiva al crack, un vicio que pudo esconder hasta que un día lo encontraron a las tres de la mañana en Elizabeth, Nueva Jersey, fumando sentado al volante de su coche y lo arrestaron. Yo no estaba a punto de acostarme con la niñera o jugarme todos nuestros ahorros en el casino, pero, a la vez, sabía que muy en el fondo algo estaba ligeramente mal, había algo urgente que debía atacar cuanto antes, algo que no podía resolver despertando a Rei de madrugada o yendo con la computadora al baño en puntas de pie o tomando un tranquilizante. Tenía que ver con los cimientos mismos de la realidad, con cosas que me pasé la vida pensando y escribiendo, con muchas de mis convicciones más profundas. Y, casualidad o no, todas me acosaban justo cuando me encontraba a punto de irme de viaje. Una de las razones por las que estaba despierto, preocupado por el dinero, el cambio climático o el ejército desplegado en la frontera en Macedonia, era que tenía reservado un coche para llevarme al aeropuerto a la cinco de la mañana. Nunca pude dormir bien la noche previa a un vuelo. Siempre me preocupa la posibilidad de quedarme dormido y perder el avión.

Cansado y preocupado llegué a Berlín al día siguiente para empezar una residencia de tres meses en el Centro Deuter, en el extremo oeste de la ciudad, en el suburbio de Wannsee. El año acababa de empezar. Las ruedas del taxi crujían sobre la fina capa de hielo del asfalto congelado. Logré entrever la silueta del edificio detrás de una cortina de pinos cubiertos de nieve. El lugar me pareció un correlato perfecto de mi estado emocional: una casa ubicada en un lugar profundo, melancólico, dentro de mi cabeza. Era enorme pero anodina, una construcción sobria con un techo de tejas de un gris neutro y una fachada pálida llena de ventanas alargadas. Lo único notable era un anexo construido después, más moderno, que se extendía hacia uno de los costados, un cubo de vidrio que parecía funcionar como oficina.

Le pagué al taxista y me planté en las escaleras con mi equipaje. Ni siquiera llegué a acercarme para llamar a la puerta que sonó un zumbido eléctrico y esta se abrió hacia un largo pasillo desierto. Avancé sintiéndome un príncipe que entra al castillo de un ogro, pero en vez de encontrarme con una bella durmiente me topé con un conserje vestido como un campesino británico. Su ánimo jovial desentonaba

con el ambiente sombrío. Todo su ser centelleaba hospitalidad, tenía los ojos bien abiertos y el pecho inflado, como si mi llegada le produjera placer. ¿Había tenido un buen vuelo? ¿Quería un poco de café? Me tenían preparada una carpeta con una tarjeta magnética y varios documentos que tenía que firmar. El director y el resto del personal estaban ansiosos por conocerme. Por lo pronto, había agua mineral y toallas listas esperándome en mi habitación. Si necesitaba algo, cualquier cosa, solo tenía que pedirlo. Le aseguré que lo único que necesitaba era cambiarme y echarle una mirada a mi estudio.

—Por supuesto —me dijo—. Por favor, permítame que lo ayude con su equipaje.

Tomamos el ascensor hasta el tercer piso y me guio hacia una especie de buhardilla de lujo. La habitación era luminosa, moderna y estaba impecable. Tenía muebles de pino y sábanas blancas tirantes sobre una cama ubicada justo debajo de las vigas del tejado. El sistema de calefacción salía de unos rectángulos impolutos y las ventanas tenían doble vidrio. En una esquina, había una pequeña cocina, con un calentador y un refrigerador. Tras otra puerta, estaba el baño equipado con todo lo necesario. A pesar de sus detalles, la habitación emanaba un aire austero que me gustaba. Era un lugar de trabajo, de contemplación.

Cuando el Centro Deuter me escribió para ofrecerme la beca, me sentí como el “poeta pobre” de una pintura del siglo XIX que una vez vi en Múnich. El poeta está sentado en la cama con un gorro de dormir de hilos dorados, tiene unos lentes colgados de la nariz, también dorados, y entre sus mandíbulas sostiene una pluma como hacían los piratas con sus sables curvos. Su buhardilla tiene agujeros en las ventanas y obviamente hace frío, dado que está metido en la cama vestido con un traje tan viejo que tiene un parche



en el codo. Ha estado usando páginas de su propio trabajo para avivar el fuego, ahora ya extinto. Sus posesiones son nimias: un sombrero, un abrigo y un bastón, una vela sobre una botella vacía, un lavabo, una toalla deshilachada y un paraguas estropeado que cuelga del techo. A su alrededor solo hay pilas y pilas de libros. Tiene las piernas dobladas para sostener un manuscrito y con su mano libre presiona el pulgar contra el dedo índice en un extraño gesto de aprobación. ¿Está revisando un verso? ¿Está aplastando una pulga? ¿O está haciendo un círculo? ¿Estará contemplando la ausencia, la nada misma de la existencia, el vacío? Al poeta no le interesa el mundo físico que lo rodea, y si le importa, trata de sobrellevarlo de la mejor manera. Está absorto en su labor artística. Así quería estar yo. Quería ser él al menos por un rato.

El nombre completo de la institución era Centro Deuter para la Investigación Cultural y Social. Su fundador, un empresario industrial con pretensiones utópicas, dedicó una pequeña parte de su fortuna, construida en los años del milagro económico alemán de posguerra, a cultivar lo que llamaba, livianamente, “todo el potencial del espíritu humano”. En la práctica esto significaba que, durante el año, un grupo itinerante de escritores e investigadores se alojaba en la vieja casona con vistas al lago de la familia Deuter, asistido por una comitiva de bibliotecarios, personal de limpieza, cocineros y técnicos en computación, dedicados por completo a lograr que los residentes pudieran concretar la mayor cantidad de trabajo posible sin tener que preocuparse por los aspectos prácticos de la vida cotidiana.

Yo era lo que ellos llamaban un “investigador independiente”. Tenía un trabajo como profesor adjunto en la universidad, pero en el departamento de Escritura Creativa, y la verdad que trataba de no pensar en eso excepto cuando

estaba ejerciendo, cuando me encontraba sentado en el aula, perforado por una docena de miradas huecas de estudiantes de posgrado endeudados hasta el cuello esperando instrucciones. Lo que escribía lo publicaba en revistas y editoriales comerciales, no en publicaciones académicas revisadas por pares. Los académicos me creían poco serio y supongo que algo de razón tenían. Nunca me gustaron los límites disciplinarios. Me interesa lo que me interesa. Cinco años antes de recibir esta invitación a Berlín, publiqué un libro sobre el gusto, en el que argumentaba (sin mucha insistencia) que era un rasgo intrínseco a la identidad humana. No llegaba a ser una tesis, era más bien una cosa reluciente que entretenía al lector mientras me devanaba en reflexiones sobre literatura, música, cine y política. No era el libro que se suponía que debía escribir, un trabajo ambicioso que se arrogaba el argumento definitivo sobre el potencial revolucionario del arte. El libro sobre el gusto salió espontáneamente: primero, fue una distracción mientras llenaba cuadernos con citas e ideas para mi argumento definitivo sobre el potencial revolucionario del arte; luego, fue otra distracción cuando me di cuenta de que no tenía ningún argumento definitivo que esbozar, ni siquiera de forma provisoria. No tenía ni la menor idea de por qué alguien debería interesarse en las artes, y mucho menos por qué de ellas emanaría una revolución. El arte me importaba. Pero yo no era más que un haragán, y nunca en mi vida pude lograr que a los otros les gustaran las cosas que hacía. La única proclama política que me conmovía era *Ne travaillez jamais*.<sup>1</sup> Mis intentos de vivir bajo esa consigna se encontraron con todos los obstáculos espedables. El asunto es que no hay adonde escapar, no hay lugar

1. Eslogan situacionista atribuido a Guy Debord. Literalmente, “Trabajar, jamás”. En adelante, todas las notas son del traductor.

donde los desencantados puedan refugiarse. La renuncia es significativa solo si es masiva, pero la mayoría de las personas solo quiere un lugar al lado de cualquiera con un poquito de poder para acurrucarse, y no hay nada más aterrador que quedar parado en medio de una masa que se desbanda a tus espaldas. ¿Por qué, después de tanto tiempo, el “público en general” iba a convencerse del poder revolucionario del arte solo porque yo lo decía? Además, ¿para qué querría persuadirlos? ¿Qué ganaría con empezar una discusión? Si quería pelear, lo único que tenía que hacer era recurrir a mi teléfono móvil. Me parecía mejor idea mantener la cabeza gacha y distraerme con mis ensayos.

Soy redactor independiente desde los 23 años. Es una profesión ridícula. Consume muchísimo tiempo y está muy mal paga. Garantiza una vida de estrés. Por supuesto, te la puedes pasar tirado en el sofá, pero eventualmente morirías de hambre. Estaba desesperado porque había gastado mucho tiempo en el libro sobre el arte revolucionario, acabábamos de empezar algo con Rei y necesitaba dinero para acomodarnos. De repente, me encontré con que no tenía la energía que el sistema pretende. Entonces me puse a escribir sobre las cosas que me gustaban, las que me hacían feliz, y por alguna razón, mi cansancio le debe haber hecho bien al libro –confieso que mi prosa suele ser oscura, acusatoria, me gustan las frases largas y tortuosas–, porque un editor me ofreció publicarlo y, gracias a esa propuesta, encontré una salida, una excusa creíble para archivar mi proyecto imposible sobre el arte revolucionario y asfixiar de una vez al maldito con una almohada. Una muerte piadosa. En otras circunstancias, habría sido vergonzosa, porque me había pasado años hablando de ese libro, comentándolo en mesas redondas, artículos de opinión, y atormentando a cualquiera que se me cruzara en una fiesta. Terminé el libro sobre

el gusto bastante rápido y, a diferencia de mis anteriores trabajos, se vendió bien. ¿Lo ves?, dijo mi agente, lo único que tenías que hacer era dejar de sermonear a la gente.

Hice todo lo que hace un autor cuando publica un libro exitoso. Di entrevistas. Acepté invitaciones a festivales y conferencias. Cedí derechos de traducción. Me invitaron a cenar muchas veces. Y luego, de a poco, mi editor empezó a preguntarme sobre lo que vendría después. En general, estaba concentrado en casarme; en mudarnos; en tener una bebé que no nos dejaba dormir; o en darme cuenta, con dificultad, de que publicar un libro exitoso no es lo mismo en términos financieros que publicar una canción o una película exitosa; o en escribir para un par de publicaciones prestigiosas que pagan mal; o en aceptar uno o dos trabajos más como docente; o en dormir mal pero un poco mejor que antes, aunque no lo suficiente como para poder escribir sin automedicarme. Sabía que tenía que publicar un nuevo libro lo antes posible, pero, por alguna razón, la sola idea de terminar (o siquiera empezar) un nuevo manuscrito parecía escurrirse de mis manos. Justo en el momento en que todo parecía desmoronarse, tuve noticias de vaya uno a saber qué jurado o comisión especial sobre las becas Deuter. Recibí una carta desde Berlín, escrita en un papel membretado muy agradable al tacto, que me invitaba a enviar una solicitud. Me daban a entender que, de hacerlo, tendría trato preferencial. Y así fue. Les rogué una carta de recomendación a los escritores más prestigiosos que conocía y algunos meses después recibí una segunda carta que me informaba que lo había conseguido. Tres meses. Tres meses de paz.

Acompañé al conserje hasta la puerta de la habitación procurando no cruzar miradas, pero sí pude notar el brillo marcial de sus zapatos mientras cerraba la puerta. Me imaginaba –si soy honesto, quizá fue porque tenía la palabra

“Centro” en el título— que el Centro Deuter para la Investigación Cultural y Social sería como una especie de retiro para meditar, algo muy distinto a un “instituto” o una “academia” o, Dios no lo permita, una “comunidad”. La palabra implicaba concentración, pero también cierta libertad: no muchas reglas ni mucho contacto social obligatorio. Ahora empezaba a sentir que me había equivocado. Estaba claro que la lógica de la institución era formal, de la vieja escuela. El buen trato del conserje se cimentaba en una rigidez típica de una plaza de armas. Cuando fue a recibirme, noté que salía de una sala de control donde había un escritorio y una serie de monitores en mosaico con imágenes de cámaras de seguridad del establecimiento y sus alrededores.

Desempaqué mis maletas y coloqué los artículos de higiene personal en el baño. Mientras más recorría el espacio, más reconfortado me sentía. La vista desde mi ventana era de una belleza absoluta. El parque cubierto de nieve que rodeaba la propiedad daba a las costas de un lago y estaba delimitado por una reja de hierro forjado. Más allá, solo se veían unas barcazas amarradas a un pequeño muelle, protegidas con una lona plástica. La superficie del agua era gris y gelatinosa, como si estuviera a punto de congelarse. Más que hacer olas, ondulaba contra el viento. Cuando abrí la ventana, oí un tintineo siniestro, fuera de lugar, como el de los cencerros de las vacas en los Alpes. Después de un instante de confusión, pensé que debía tratarse del aluminio de los manillares y escaleras de las barcazas que golpeaban contra las amarras.

Recordé los versos de Hölderlin:

*Die Mauern stehn  
Sprachlos und kalt, im Winde  
Klirren die Fahnen*

“Los muros se yerguen/ mudos y fríos, en el viento/ res- tallan las banderas.” Me puso contento, casi jactancioso, que estas palabras me vinieran espontáneamente a la cabe- za. Su presencia en mi conciencia, tan dispuestas a coronar el paisaje que veía por la ventana, me sugería que, incluso antes de empezar formalmente, mi nuevo proyecto ya estaba en marcha.

Mi propuesta para el Centro Deuter se titulaba: “El yo lírico”. Había decidido escribir sobre la construcción del yo en la poesía lírica. Era un tema que se alejaba de lo que solía investigar –no soy un académico dedicado a la poesía–, pero por alguna razón lo sentía como una cuestión clave para pensar las preocupaciones más profundas y urgentes de mi vida. Escribí que la lírica era “una tecnología textual para la organización de la experiencia afectiva, un receptáculo donde formular la moderna concepción del yo”. Todo esto sonaba importante y juicioso. Cité a Madame de Staël sobre la diferencia entre el yo de la poesía lírica y el de la ficción. “La poesía lírica se expresa en nombre del autor mismo, y ya no es una carga que se le aplica a los personajes [...] La poesía lírica no narra nada, no está sujeta a los confines de la linealidad temporal ni a los límites espaciales. Bate sus alas sobre distintas épocas y países. Sostiene ese instante sublime en el que un hombre se erige por encima de sus placeres y sus dolores.” Resalté, junto con Adorno, que “la expresión lírica, sustraída a la gravedad objetual, conjura la imagen de una vida libre de la compulsión de la praxis dominante, de la utilidad, de la presión de la autoconservación tenaz”. Coincidí con Hegel en que “el contenido no es el objeto sino el sujeto, el mundo interior, la mente que siente y reflexiona, que, en vez de lanzarse a la acción, permanece ocupada en sí misma y, de este modo, puede asumir, como su única forma y su objetivo último, la expresión de la vida subjetiva”.

Solía aceptar consejos matrimoniales de un amigo hasta que me di cuenta de que era un egoísta. Si, por ejemplo, me decía que no engañara a mi mujer con otra, que eso resultaría muy destructivo para el matrimonio, era porque le habría gustado que se lo dijeran a él. En vez de referirse a lo que yo le planteaba (que podía ser sobre algo completamente diferente), él emprendía una discusión consigo mismo, contra el impulso que lo llevaba a querer engañar a su esposa. Cuando el Centro Deuter aceptó mi propuesta y me vi forzado a releerla y considerarla como una tarea que iba a tener que terminar, advertí que yo era igual a mi amigo. En el fondo, no tenía una necesidad real de entender a los poetas líricos y cómo experimentaron su subjetividad a través de los años. Eso no me interesaba tanto. Era una forma de expresar mi deseo, la forma que había encontrado para ponerme por encima de las frustraciones y placeres de mi vida cotidiana, para liberarme de la coerción permanente de una niña pequeña, de la incesante presión financiera de vivir en Nueva York. Quería un tiempo para estar encerrado y preocupado en mí mismo. Quería, en suma, un descanso.

Rei tenía un trabajo demandante, era abogada para una organización sin fines de lucro especializada en cuestiones de inmigración y derechos civiles. A ella la idea de que estuviera tanto tiempo lejos, en un estado de sublime contemplación de mi ser expresivo, no le parecía fascinante, pero se daba cuenta de lo difícil que me resultaba trabajar. Vivíamos en un departamento pequeño y estábamos intentando ahorrar desde que Nina había llegado, por lo tanto había resignado mi oficina en Williamsburg, un cuartito con una claraboya que había usado como espacio personal incluso desde antes de casarme. Intentaba escribir en el escritorio de la habitación de invitados, pero el único momento de tranquilidad llegaba tarde por la noche. Las mañanas con

una niña de 3 años empiezan dolorosamente temprano, así que pasaba mis días rodeado de juguetes, tratando de concentrarme, pero el letargo me envolvía como una bruma. Cuanto menos dormía, peor veía los problemas del mundo. Una noche, Rei llegó de la oficina y me encontró llorando mientras miraba en mi computadora unos videos sobre la guerra. Nina, sin supervisión alguna, decoraba la cocina con un paquete de harina que había encontrado en la despensa.

Hay veces en las que sabes que te estás comportando como un idiota y, de todos modos, lo haces. Hay algo que te empuja, una especie de mezquindad autodestructiva. Me convencí de que estaba evitando imponer mi ánimo sombrío a la familia heroicamente, pero en realidad estaba haciendo lo contrario. Nadie tendría el derecho a olvidarlo. Todos estábamos ante un precipicio. Yo, Rei, Nina y Paulette, la niñera. Necesitaba correrme de ahí, retirarme del campo de batalla doméstico, del mundo. Así que Rei se ocupó de los preparativos. El estipendio pagaría por las horas extras de Paulette, que nos aseguró no tener inconveniente en trabajar algunos fines de semana. Rei y yo acordamos que le debía una, que en algún momento, en el futuro, ella tendría vía libre para irse a hacer algo similar mientras yo cuidaba a la familia. Los dos sabíamos que mi libro significaba algo más que un libro, que era parte de un problema mayor que estaba transitando. Yo sabía que había venido a Berlín bajo la premisa tácita de que regresaría cambiado, que lograría superar cualquier cosa que me pasara y no lo llevaría conmigo de vuelta a casa.

Me bañé, me cambié y bajé al lobby en el ascensor. Golpeé la puerta de la sala de control y pregunté si podían mostrarme mi estudio. El conserje me había dicho su nombre, pero no pude recordarlo (¿Otto, Ulli, Uwe?), algo que me tenía preocupado mientras caminábamos a través de una



gran sala de recepción decorada con pinturas abstractas, descendientes directas del tipo de arte que solía exhibirse en la Berlín Occidental como evidencia del vigor y la libertad creativa, producto de la influencia estadounidense. Atravesamos un comedor con ventanales que daban a una terraza cubierta de nieve. Más allá del comedor, una puerta de vidrio indicaba la dirección al anexo que había visto desde el taxi, un gran espacio abierto con escritorios y armarios diseminados en islas algo irregulares, unos atolones de madera y metal en un océano alfombrado de azul. Como supuse que ahí trabajaba el equipo administrativo del Centro, me sorprendió que el conserje apoyara su tarjeta magnética sobre la puerta y me indicara entrar. La habitación era una caja de vidrio soportada por un esqueleto metálico, un lugar sin decoración, pero a la vez llamativo, diseñado por algún adepto al racionalismo suburbano. El conserje consultó una pequeña planilla y me guio hasta uno de los escritorios.

–Este mismo –dijo–. Creo que encontrará todo lo que necesita.

Le dije que no entendía.

–Esta es su terminal de trabajo. Cuenta con conexión a internet de alta velocidad. La contraseña está en su kit de bienvenida. Si necesita usar una computadora, con gusto el equipo técnico le proveerá de una. La llave más pequeña le da acceso a una sala donde encontrará artículos de oficina. Lapiceras, fichas, papel y demás.

Me explicó cómo usar la lámpara de escritorio, era de esas que se encendían y apagaban al pasarles la mano por encima. Miré los escritorios a mi alrededor, algunos vacíos, limpios, otros con rastros de haber sido ocupados: libros, papeles, fotos familiares, tazas de café. Encima de uno de los monitores había una hilera de soldaditos de plástico. Habían decorado una bandeja portapapeles con una guirnalda de

colores. La verdad, no sé qué expectativas tenía antes de llegar –quizá un cubículo con paneles de roble o una burbuja traslúcida–, pero la única constante en mis fantasías sobre mis días de trabajo en el Centro Deuter había sido la privacidad. Reclusión y una puerta con cerrojo. El conserje debió notar mi cara de asombro, pero la malinterpretó.

–La mayoría de sus colegas están ausentes. Y, por supuesto, es fin de semana. El lugar es mucho más amigable cuando todos están aquí.

–Amigable.

–Puede también modificar la altura y el respaldo de la silla de acuerdo con sus preferencias. Al principio da algunos problemas, pero es un mecanismo simple.

Se agachó y empezó a mostrarme cómo elevar y bajar el asiento, cómo reclinar el respaldo, cómo trazarlo y cómo acomodar los apoyabrazos.

–Lo lamento –dije–. Pero no puedo trabajar aquí. Me sería imposible. Necesito estar solo.

Se me quedó mirando.

–En principio, no podría concentrarme –continuó.

Su expresión anodina se transformó en una de inmensa empatía, como si le hubiera dicho que murió mi madre o que tenía una enfermedad terminal.

–Por favor, no se preocupe. Le aseguro que es un área silenciosa. Las reglas son muy claras. Está estrictamente prohibido hablar, al igual que en una biblioteca. Si alguien necesitara hacer una llamada o tener una reunión, hay un espacio dedicado exclusivamente para ello.

–Pero...

Noté que lo que estaba a punto de decir me avergonzaba. De joven, había trabajado en muchos lugares públicos: bares, cafés, bibliotecas universitarias. La cuestión del ruido no tenía nada que ver con el profundo horror que me

provocaba la sola idea de una planta abierta de oficinas. El escritorio que me habían asignado estaba en el medio de la sala. Cuando estuviera escribiendo, la gente se movería detrás de mí, sin que pudiera percibirlo. Las otras “terminales de trabajo” (la frase se me pegó al cerebro como un chicle a la suela del zapato no bien el conserje la pronunció por primera vez) estaban muy cerca, en una posición desde la que podría ver las pantallas de mis colegas. Mi propia pantalla era absolutamente visible para los demás, quizá no tan cerca como para poder leer un fragmento de texto, pero sí para determinar si estaba con un documento abierto, viendo un video o revisando las redes sociales. Era visible desde todos los ángulos. Como mi cuerpo y mi postura. Con los años desarrollé un rechazo visceral a que me vieran escribiendo. No solo porque el contenido puede ser íntimo, sino porque todas las cosas que uno hace mientras escribe, y que no son exactamente escribir, ya sea estirarse, mirar al vacío o navegar por internet, dan vergüenza si se hacen a la vista de otros. La sensación de estar siendo observado provoca una timidez insoportable.